

MUNDO ALEGRE



PRECIO

CUADERNO
9º

10 CENT^s

EL MUNDO ALEGRE

se publica quincenalmente, formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Lleva artículos y poesías de nuestros principales literatos, retratos y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO
10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN
TESORO, 5, BAJO.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,
Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 á 6; en el segundo, todo el día hasta las doce de la noche.

EL MUNDO ALEGRE.

PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICA

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR—PROPIETARIO:

JULIAN RODRÍGUEZ.

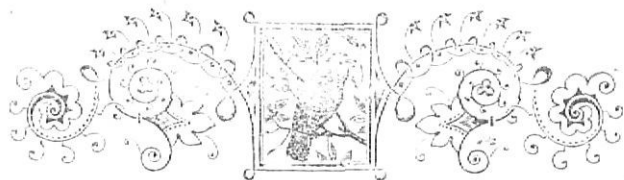
CUADERNO 9.^o—SERIE 1.^a

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO, 5, BAJO.
MADRID.

MADRID: 1890.—IMPRESA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

© *Biblioteca Nacional de España*



EL MUNDO ALEGRE.

RESUMEN RECREATIVO.

Nada; continuamos lo mismo.

El geneso del ejército de emigrantes permanece en los establecimientos balnearios ó en las playas de San Sebastián, Santander y Biarritz.

Las noticias referentes á la epidemia variolosa, inspiran temor á las madres y á los padres cariñosos, y á los tíos y á las tías amantes de sus sobrinos y de *siyo* propias.

Afortunadamente, la enfermedad disminuye y dentro de pocos días, gracias al soplo del invierno, habrá desaparecido el peligro.

La invasión de la viruela ha obligado á vacunarse á muchas personas mayores.

Unas por atender á la conservación de la piel y otras por conservar la belleza física.

En esta última variedad nos contamos varios sujetos hermosos como ejemplares raros.

La temporada teatral empieza y con los divertimientos olvidaremos las enfermedades.

Y que este año contamos con tres teatros de ópera, sin contar el café Imparcial, el de Romero y otros.

Es que se desborda nuestra naturaleza artístico musical.

La autoridad nos ha dejado sin pianos de manubrio (Dios se lo pague) y necesitábamos

válvulas para desahogar nuestras afecciones.

No bastaba el Real, porque, como dice una señora que no es de huéspedes, aunque cede, «el teatro regio es para la aristocracia.»

Conociendo esta necesidad de óperas baratas y cantadas á media voz para no molestar á las personas delicadas y nerviosas, dos empresas líricas las ofrecen al público, en la Alhambra y en la Zarzuela.

Ha luchado heroicamente, por cierto, la empresa de este segundo teatro para encerrar una buena compañía.

La Nevada, Massini, Mazzantini, Manini, Manene chico; de todos se ha hablado.

El reputado artista señor Abruñedo ha estado para llegar de un momento á otro, una porción de días.

Por fin ha sonado la hora en el reló de Sicilia, que nada tiene que ver con *El Reló de Lucerna*.

Se decía que podríamos contar con otro teatro ó con otro foco lírico, en la calle de Alcalá.

De un día á otro nacerá e uno de aquellos *solares vecinos* á la casa de la Equitativa, un teatro de madera.

Es el teatro de Maravillas, trasplantado, sin compañía, aunque otra cosa digan los periódicos.

Hubo alguno que supuso que

el traspaso se haría con Cerbón, la Folgado y compañía.

Otros supusieron que se abriría el nuevo cajón ó el nuevo teatro con ópera italiana, aunque «di Napoli y Venecia.»

Ópera por secciones, con baile y gimnasia en los intermedios.

Pero, desgraciadamente, no se confirma la noticia.

Y no hay otro medio para propagar y alinar el gusto artístico de nuestro pueblo, que la instalación de teatros por horas, por medias y aun por cuartos, donde se cante, por ejemplo, medio kilo de *Lucrecia* y un número de *Torear por lo Fino*.

Y en los entreactos un baile español y lectura de poemas escritos *ad hoc* por chicos apenas conocidos en la anarquía de las letras.

De lo contrario, el arte lírico no prosperará cuanto debiera.

Como se observa con las corridas de toros.

De no dar corridas por secciones ó por toros, la fiesta perecerá seguramente.

Los defensores del arte dramático se verían obligados á traducirse al italiano y cantarse, y si no morir.

El Español, la Comedia y la Princesa; qué tres teatros para óperas por acciones!

Es preciso dar el grito:

«Viva Verdi é morra Eche-garay!»

María Tubau, la primera de nuestras actrices contemporáneas en quien coinciden corazón e inteligencia, ha inaugurado la temporada teatral en el de la Princesa, con *Batutta de Damas*.

Cómo interpreta ese papel que de tal modo desempeñaba la inolvidable Matilde Díez, no hay para qué decirlo.

Es la discípula predilecta, un trasunto fiel de aquella eminente artista.

María Tubau es la única entre nuestras actrices capaz de sentir y de crear en escena esos caracteres que solamente pueden tocar las verdaderas eminencias.

¿Conseguirá María Tubau llamar á su teatro al público desparramado y divertido por tantos espectáculos menos dignos de atención?

Me permito dudarlo.

Si cantaran algo en la Princesa...

Ese Palencia no ha pensado en eso.

Pero aún es tiempo.

Puede contratar un cuarteto italiano, aunque sea de afición.

Un cuarteto, no como aquella tiple famosa que se presentó á

un empresario, en solicitud de escritura.

—Yo no canto más que *La Mulla*.

—¿*La Mulla di Pórtici*?—preguntó el empresario.—Ese es el repertorio.

—Canto cuanto quiera—añadió la tiple;—pero en *La Mulla* no tengo rival.

Por fin, que la contrataron condicionalmente y se presentó al público en *La Mulla*.

Aquello no fué representación, fué una batida de artistas, con perros y todo.

La tiple había cumplido su palabra.

Abría y cerraba la boca, sin pronunciar nota alguna.

Respecto á sus compañeros, más hubiera valido que fueran todos *muttos*.

Y cuando increpaban á la tiple *mulla*, respondió al empresario.

—Para cantar como el tenor ó como los demás, prefiero hacer la muda, y no como ellos que parece que están de muda.

Pues eso es, amigo Palencia; contrate usted un cuarteto italiano para cantar no *Il Mullo*, sino *Lohengrin* ó *El Hombre de la Selva Negra*, y negocio redondo.

EDUARDO DE PALACIO

EN EL TEATRO.

—Hombre, no me diga usted
que es mentira, porque estoy
metido en el escenario
desde que anochece Dios,
y sé los puntos que calzan
todos: desde el director
hasta el último pelele.

—No le digo á usted que no,
pero me parece que hay
alguna exageración
en lo que cuentan.

—¡Ay, Sanchez!
es usted en punto á Candor,
un galápago, hijo mío;
¡pero cómo!....

—Sí, lo soy.

—¡Pues claro está! Crea usted,
porque se lo digo yo,
que aunque cuenten mil burradas
con buena ó mala intención,
de estas gentes, todavía
las hacen mucho favor,
porque ¡hay cada comiquito
por esos mundos de Dios!....
¿Usted conoce á la tiple
que canta el *Chateau Margaux*
y que se sulfura tanto
si oye un chiste de color
subidito?

—La conozco.

—Pues esa niña es atroz
en cierto terreno, y cuando



¿Por qué se reirían de mí el otro día
cuando dije que el cangrejo era un pez colo-
rado?...

se empuña y dice: ¡Allá voy!
boca abajo todo el mundo,
menos ella.

—¡Hombre, por Dios!

¡El *diantre* es este Gutiérrez!

—¿Sí, eh? mire usted, pues hoy
tiene tres al retortero,
es decir, que sepa yo:
un socio de la Gran Peña,
con aspecto de *bulldog*,
que sólo por exhibirla
se está gastando un riñón;
don Benigno, el empresario,
que la da un sueldo feroz,
aunque sabe que la próxima
es más mala que un dolor;
y un chulo desvergonzado,
que sin pizca de aprensión,
se come bonitamente
lo de todos.

—Hombre, no
parece tan... eso.

—En cambio

ahí tiene usted á la Muñoz,
una damita segunda
con la cara como un sol
y huye de los hombres.

—¡Hola!

¿no le gustan?

—¡Qué sé yo!

Ella nunca se separa
de la hermana del tenor,
y si alguno las requiebra
contestan con una coz.

—¡Qué demonio de muchachas!

—Por supuesto, acá, *inter nos*,
puedo asegurarle á usted
que nuestros cómicos son
malitos, pero viciosos;
y esto no lo digo yo
solo, que también lo dice
Paris, el del *Demi Monde*,
y si lo dice Paris
es lontería.....

—¿Si?

—¡Oh!!
¿No ve usted que los conoce
y es listo y observador?....
El dice de Menganito,
que canta con mala voz,
porque tiene la nariz
en forma de apagador,
ó porque gasta en invierno
calzoncillos de algodón,
y parece un disparate
pero es verdad.

—Hijo, no
comprendo qué es lo que tienen
que ver las tómporas con.....

—Pues ahí verá usted.

—Silencio,
que levantan el telón
y quiero enterarme.

—Entonces
luego hablaremos.

.
Y yo,
que sentado en mi butaca,
oí la conversación,
la pongo en renglones cortos

y se la doy al lector
para que pueda decir
si tiene interés ó no.

J. LOPEZ SILVA.

VERANEANDO

¿Qué ha sucedido en casa de Rodríguez?

Pues que se han ido todos á Villasosa huyendo del calor madrileño.

En esta época del año no hay nada que rebaje tanto á una persona como la permanencia en Madrid; y Rodríguez, que es bueno hasta dejarlo de sobra, ha apreciado en todo su valor las atinadas reflexiones de su mujer.

—Mira, Melitón—le había dicho ella—tú nunca saldrás de pobre porque no sabes hacerte valer. Un hombre que ha pasado en Madrid treinta y cinco veranos seguidos no es digno de ascender en su carrera ni tendrá nunca quien le guarde consideraciones. Vámonos á cualquier parte, Melitón.

Rodríguez se convenció de que era necesario pedir una licencia por enfermo, y en cuanto la consiguió, se fué con los chicos á la calle de los Estudios, donde les compró unos traje-
los de dril que parecían de har-

ro cocido y unos sombreros de paja en forma de poncheras. Después acudió con su esposa á una liquidación *verdad, por cesación de comercio, verdadera quema de géneros*, según decía una muestra colocada en el escaparate del establecimiento, y allí, por el corto interés de quin-ce reales, adquirió doña Bruna—que este era el nombre de la señora de Rodríguez—diez varas de percal para un vestido campestre, sencillo pero elegante.

A los ocho días de gestiones Rodríguez consiguió una habitación barata en Villasosa, pueblecillo ameno, según opinión de un compañero de oficina que había pasado varias temporadas en aquel delicioso punto de la provincia de Madrid.

—Bruna, ya tenemos eso—entró diciendo cierto día.—Por seis reales diarios nos dan sala, gabinete y dos alcobas.

—Necesitamos tres lo menos, porque no es cosa de que papá duerma con la criada.

—Ya lo he calculado todo. En

nuestra alcoba podrán dormir los tres niños. A tu papá le pondremos en el otro cuarto y á la chica se le puede armar una cama en el sofá.

—Vamos á estar muy estrechos.

—No hay más remedio que achicarse. Algún sacrificio tenemos que hacer á trueque de respirar los aires del campo. Todos necesitamos aire puro, y en particular Brunito, que se está quedando en los huesos.

—¡Hijo de mi corazón! Parece una llanta.

—Ea, arreglarlo todo; pasada mañana quiera que estemos en Villasosa.

Dicho y hecho. Doña Bruna se puso á trabajar día y noche para dejar concluido su traje campesino y darle la última mano á ciertos detalles de ornamentación, entre ellos uno que se relacionaba directamente con Rodríguez, el cual Rodríguez quiso que su mujer le hiciese una americana fresca y cómoda para andar por el campo.

—Compraremos un par de varas de dril—le había dicho doña Bruna.

—¡Quiá! Hemos hecho muchos gastos—contestó él.—Lo mejor será que busques por ahí una tela que no te sirva.

—¿Sabes cuál?—siguió diciendo doña Bruna—la de la colcha de chinos, que está ya

deslucida y además tiene el fleco deshilachado.

—Corriente.

Doña Bruna convirtió la colcha en americana, y cuando los chicos vieron á su papá envuelto en aquella prenda, comenzaron á saltar y á batir palmas.

—¡Una máscara! ¡Qué gusto!

—decía Brunito descargando escobazos sobre las espaldas paternas.

—Es para el campo, hijo mío—contestaba Rodríguez.

Los preparativos de viaje dejaron á doña Bruna en un estado tal de postración, que no tuvo fuerzas para despedirse de nadie.

—Mujer, haz un sacrificio—la decía su esposo.—Ya que vamos á gastar el dinero, bueno será que lo sepan nuestras relaciones.

—Vale más que lo pongas en los periódicos. Con eso saldremos en letras de molde, que lo estoy deseando hace mucho tiempo.

Al día siguiente *La Correspondencia* publicaba un suelto redactado por Rodríguez, en esta forma:

«Ha salido para Villasosa el consecuente empleado de la Caja de Depósitos D. Melitón Rodríguez, acompañado de su distinguida esposa, su acreditado padre y sus robustos niños.»

Cuando llegaron á la estación

del ferrocarril, doña Bruna se dejó caer sobre un saco de noche, murmurando:

—Yo no puedo más, Rodríguez. Estos trotes no son para mí; ¡tengo unas ganas de verme en Villasosa!

—No te pares aquí—decía él—¿ves tú que ninguna señora se siente en el andén?

En estas y las otras, llegó el momento de meterse en el tren; doña Bruna cargó con Brunito; entre la madre y Rodríguez consiguieron subir al coche al abuelo, que no hacía más que refunfuñar y maldecir el viaje; y los otros chicos tomaron por asalto el vagón.

—¡Ya anda el tren!—gritó el mayor de los chicos—que aunque sea mala comparación, era más bruto que un baúl.

—Mamá, saca la tortilla—dijo el chiquitín.

—Aún no es tiempo de merendar—replicó Rodríguez.

Pero los chicos se pusieron á gruñir, y no hubo más remedio que extender la servilleta y repartir trozos de tortilla entre aquellos condenados.

—¡Villasosa, dos minutos!—gritaba el conductor del tren, cuando aún no habían acabado de comer la tortilla los Rodríguez, chicos y grandes.

—¡Abajo, de prisa!—gritó el papá poniéndose de pie y empujando á su gente.

Uno de los chicos quiso bajar solo y cayó de cabeza encima de una mujer que vendía agua y rosquillas, mientras otro metía el pie dentro de una sombrerera de cartón que había puesto su padre en el suelo.

—¿Está cerca el pueblo?—preguntó Rodríguez, después que hubo reunido á toda su familia.

—Media legua corta—le contestaron.

—Pues, andando—dijo Rodríguez.

Y todos se pusieron en marcha.

Pero doña Bruna, con la lengua fuera, el sombrero en la mano y la manteleta caída, caminaba trabajosamente. De cuando en cuando detenía la marcha, dejaba el saco de noche en el suelo, y lanzaba un suspiro acompañado de estas palabras:

—¡Ay, Rodríguez!

A lo que contestaba él:

—Ya falta poco. ¿No empiezas á notar el olor de las flores?

—Lo que noto es que se me van acabando las fuerzas.

Una hora después, la familia Rodríguez penetraba en su residencia veraniega de Villasosa.

El dueño de la finca, su esposa y sus cinco hijos, contemplaban con la boca abierta á los recién llegados.

Por fin el rompió el silencio, y dijo:



Los tres le hacen el amor
á tres muchachas de guiso;
hacen el amor los tres,
pero el gordo paga el pato.

—Con que, aquí tienen *ustés* las habitaciones. Este es un pueblo *mu* sano y *mu* fresco; pueden *ustés* dormir con toda confianza.

—Tantas gracias — contestó Rodríguez.

Y se acostaron todos.

Pero no eran todavía las cuatro, cuando estaban ya de pie los chicos, la criada, el abuelo y Rodríguez.

Las moscas habían comenzado su tarea devastadora, y no era posible permanecer en el lecho, sin exponerse á ser pasto de su voracidad. Durante la noche, los mosquitos habían hecho una verdadera carnicería en los rostros de los Rodríguez. Brunito, sobre todo, tenía la cara lo mismo que un panecillo francés.

—Bruna, Bruna, despierta— dijo Rodríguez sacudiendo á su mujer.—Hemos venido á respirar el aire puro y el aroma de las flores.

Cuando la familia Rodríguez se disponían á salir al campo, entráronse en la sala dos apreciables cuadrúpedos, compañeros del que acompañaba á San Antón, y la primera que hicieron, fué coger el sombrero de paja de doña Bruna, y comérselo allí mismo. ...

Hoy la familia Rodríguez continúa veraneando en Villasosa, y á no ser por los rigores del sol, la visita frecuente de los dos cerdos, la eterna compañía de los dueños de la casa y sus hijos, la escasez de alimentos y la carencia absoluta de toda distracción, podría decirse que la familia Rodríguez lo pasa perfectamente.

Tanto, que no cesa de decir el abuelo:

— ¡Malditos sean el viaje y Villasosa, y el afán de veranear que tienen algunos majaderos!

LUIS TABOADA.

POLÍTICA MENUDA.

—¿Qué te dijo el padre Antonio?

—*Pas por poco me santigua de dos ó tres golfes.*

—¡Tiene gracia!

—A mi maldita la que me hubiera hecho, ¿sabes?

Me carga el papel de *vitina*.
—¿Y qué había en el cepillo
de las ánimas benditas
cuando le abrió el señor cura?
—Pus en el cepillo había,
sobre poco más ó menos,
tres ó cuatro perras chicas.
—¡Su madre! ¡Vaya un escándalo!
—Entérate, *Campanilla*,
que nos están dando el timo.
Hay que tener mucha vista.
—Mira, *Badajo*, el negocio
va muy mal.

—Y que lo digas.

Hay un tío sin vergüenza,
que no tiene ni una pizca
de educación. ¡Si le cojo
le voy á romper la crisma,
sin respetar...

—Habla bajo,
que estás en la sacristía.

—Trae *parí* esas vinajeras
si hay vino.

—Queda una chispa.

—De modo que el padre Antonio
se puso...

—¡Virgen santísima!

No te puedes figurar
qué cosas se le ocurrían.
¡Me llamó ladrón!

—¿Supongo
que tú no te ofenderías?...
—No me ofendí, pero á nadie
le gusta que se lo digan.

—Sobre todo las verdades

amargan, y el que se pica....

—Aquí el negocio es que hay uno
que se nos lleva la guita.

Tú y yo *semos* dos personas
muy decentes.

—*¡Decentismas!*

—Incapaces de faltarnos.

—*¡Que reviente tu familia,*
si he cogido yo ni un perro
sin cumplir con la *consinia!*

—*¡Vámos, cállate, panoli!*

¿Pero tú qué te creías,
que iba por tí? *¿Hay ó no hay*
confianza en la cuadrilla?

—Me figuré que ...

—Tú y yo

en amor y compañía
explotamos un negocio.

—De manos sucias.

—*¡O limpias!*

—*Badajo*, el negocio es sucio.

—*¿A quién se le perjudica*
con llevarnos esos perros?

—A las ánimas benditas.

—*¡Pus hasta que ellas se quejen,*
no te azares, *Campanilla!*

—Allí viene el padre Antonio.

—Ayúdale á decir misa.

—*¿Yo? ¡Que le ayude su abuelo,*
si lo tiene!

—*¡Y que lo digas!*

EMILIO DEL VAL.

TOMA PUNTAPIES.

Lo que es de esta se la pagaba... ¡Vaya si se la pagaba!... Lo que es aquel puntapié que aún le estaba escociendo en semejante parte, no se quedaba en deuda. Después de todo, ¿qué había hecho para que la cacharrera le arrimase tan tremenda palada?... Echarle un fósforo de trueno en uno de aquellos tremendos tinajones. ¡Vaya un delito!... Digo, y cómo retumbaba dentro de la panza de la vasija... Cada vez que se acordaba, le entraban unas ganas de reír... Gumpurrumpumpum... ¡Já já!... Pero la cox de la buena mujer no era tampoco para echarse en olvido... ¡Y con los zapatonos que gastaba la muy hestia, que parecían sus palas las de un aguador!... Corriente... Pues ahora iba á ver cómo las gastaba el *Tiña*...

Y el granuja, con el único perro que le quedaba del real que le habían dado poco antes por bajar un talego al río, compró en el puesto de las aleluyas una carrera de fósforos de trueno; la partió por la mitad; hizo con las dos partes, dos colas de mixto y papel de estraza, y con singular maestría, porque el dinero no le alcanzaba para tanto robó, mientras le despachaban, un garbanzo de pega; luego se apartó tarareando, y con mucho

disimulo, se acercó á la cacharrera, á la puerta de la cual dormitaba de pie un pacífico jumento, esperando á que le cargaran sobre las dos que ya tenía encima aposentadas sobre la albarda, una tercera tinaja erguida en el suelo, al borde de la acera.

La suerte le favorecía; la cacharrera se hallaba tal vez en la traslienda con el amo del rucio; nadie podía verle; no había que perder tiempo...

—Yo le daré puntapiés—murmuró el *Tiña*, sonriéndose de antemano con el éxito de su hazaña. Y sacando las dos bolas de fósforos de trueno, prendió con una cerilla el papel de estraza, para que sirviera de mecha; rápidamente echó una bola en cada tinaja; apartóse después al galope, y desde tres ó cuatro varas de distancia disparó con toda la fuerza de su brazo el garbanzo de pega sobre la tinaja colocada derecha en el piso, escapando después para atisbar el campo de la escena, desde detrás de una esquina.

Lo que allí pasó no es para dicho; el garbanzo de pega dió contra la tinaja, estallando en el acto y produciendo una detonación sorda y estruendosa; al golpe recibido, la tinaja fué rodando hasta las patas del jumento que dormía tranquilamente, y que sintiendo entre

sueños una cosa fría que le rozaba las manos, y á la vez el estrépito del garbanzo, abrió con espanto los ojos, aguzando las orejas; casi á la vez los fósforos de trueno debieron prenderse dentro de las tinajas tumbadas en la albarda, pues en el interior de las vasijas comenzó como un chisporroteo bronco y aterrador; y el asno, que no las tenía ya todas consigo, al oír en sus costillas aquel fuego repetido, perdió su serenidad, se sintió acometido de un pánico horrible, se le erizaron los pelos, lanzó un rebuzno desgarrador y, escondiendo la cabeza entre las manos, soltó al aire un par de coces; las tinajas, que

no se hallaban aún bien atadas, se le vinieron sobre la cabeza, concluyendo de azararle, y por fin arrancó en una carrera vertiginosa dando brinco y huídas, y lanzando lejos de sí las dos tinajas que se rompieron en mil pedazos sobre el empedrado del piso.

Cuando la cacharrera y el amo del jumento salieron gritando detrás del animal, ya éste había tomado gran delantera; una y otro se detuvieron á contemplar alligidos los restos de las tinajas, y entonces el *Tiña*, gozándose en su obra, se marchó repitiendo su frase, con igual tonillo sarcástico:

— ¡Anda!... ¡Toma puntapiés! »

ALFONSO PEREZ NIEVA.

JUEGOS PELIGROSOS.

Al médico don Clemente,
dijo ayer Blas:—Con su ciencia,
quítame esta prominencia
que me ha salido en la frente.

—Venga acá—dijo el doctor,
que era en la ciencia muy culto;
—Reconozco en este bullo
una causa superior.

—Recéteme alguna cosa.....

—¿De qué modo le ha salido?

—Pues de un golpe recibido



El Veneno acaba de dar una estosi de buten; ¿qué cosa más natural que obsejuarle con su alias? ¡Eche usted puros, compare!

de Gil, jugando con Rosa.

—¿Rosa es su esposa?

—Cabal.

—¿Y es bella?

—Como una estrella.

—Entonces no le harán mella

las consecuencias del mal.

El médico, diligente

y con maliciosa risa,

escribió más que deprisa

sobre el papel lo siguiente:

«*Recipe*. (Cuerno quemado.)

Vigile usted á su mujer,

sin que á ese Gil vuelva á ver,

y pronto estará curado.»

RICARDO SOTO.



LA COLA DEL DIABLO.



Cuando no tiene que hacer
el bueno de Lucifer,
las moscas en espantar
con el rabo, oí contar,
que se suele entretener;
costumbre que yo, ni alabo,
ni censuro; al fin y al cabo,
¿qué le importa eso á la gente?
¿No es libre completamente
el usufructo del rabo?
No tendrá ese buen señor
á las moscas gran horror
si, como el cuento revela,
sólo en sus ocios apela

á ese extremo... posterior.
Quizá en su palacio ignoto,
poniendo á sus gustos coto,
sólo el rabo desenrosca
cuando *le pica la mosca*,
por no armar un alboroto;
quizá su paciencia es tanta
que de las moscas aguanta
la molestia, baladí
considerándola, y
sólo con su rabo espanta
á pretendientes eternos,
charlatanes sempiternos
y políticos hambrones,
es decir, á los moscones
que bajan á los infiernos;
quizá es, cuando en la sombría
región les da la manía
de pegar, lo general
emplear la *cota*, igual
que en cualquier carpintería.....
Mas sea ó no Luzbel cruel,
quisiera yo ser lo que él:
vamos..... ¿qué mosca no expone
la vida, si se le pone
en la nariz á Luzbel?....

Yo le envidio, y con razón;
mi pobre imaginación
á dar al traste no acierta
con una mosquita muerta
que parece un moscardón;
una beata de oficio
que me va á sacar de quicio;
pobre, eso sí, pero en
punto á edad Matusalén,

y en punto á hermosura, Picio.
¡Qué mosca! ¡Me desespera!
y yo no encuentro manera
que me siga de evitar:
no la he podido espantar...
¡ni espachurrarla siquiera!

Si yo fuera sólo un día
Lucifer, la deshacia....
¡Ay, si yo tuviera cola,
como mi gato de Angola,
para matar á esa arpía!
¡Ay, si yo de Lucifer
llegar pudiera á tener
las formas feas y toscas,
para espantar á las moscas
cuando no hubiera que hacer!
¿Por qué causas especiales
Dios á mí y á mis iguales
ese rabo no nos dió,
con que á Lucifer doló
y á otros muchos animales?
¿Quién con un rabo contara
que á las moscas espantara!
¡Ay, si yo un rabo tuviera
para que esa mosca huyera
en cuanto se le enseñara!
Mas.... sólo una engañadora
ilusión es cuanto ahora
aquí de hilvanar acabo....
¡Yo sé de fiijo que un rabo
no la asusta á esa señora!

FERNANDO SEGURA

Epigramas

—¿Qué hago yo con mi mujer
que habla más que mil demonios?
clamaba Juan, y un amigo
le respondió.—No seas tonto;
déjate llegar á viejo,
quizás llegues á ser sordo.

Propusieron á un discreto,
que de casarse trataba,
una loca, con gran dote,
y, sin fortuna, una sabia.
Y él dijo:—Venga la rica,
que, si vamos á mirarlas,
la más loca y la más cuerda,
se diferencian en nada.

N. D. B.



Un terrible palizón
pegó su padre á Gonzalo,
y al preguntarle Asunción
si le pegó con razón,
contestó: ¡No, con un palo!

En relaciones está
con Luz, Julio Santacruz;

por eso, con gran verdad,
dice que en la obscuridad
suele amar más á la luz.

—
Dicen que en preparación
tiene unos versos Estrada,
y en la primera ocasión
ha de ser su obra tirada.
A esto suele contestar
su amigo Mariano Valle:
que se la van á tirar...
pero va á ser á la calle.

RÓMULO MUÑOZ.



No me llega la camisa
al cuerpo, dice Fermín;
y es cierto, porque no gasta
ni camisa el infeliz.

LUIS MÉNDEZ FRANCO.

MISCELANEA

La causa de salir con un día de retraso nuestro anterior cuaderno, fué el haberse estropeado, al pasarlos al zinc, algunos de los dibujos que para él teníamos preparados.



Creyendo que es duradero,
vamos en pos del placer,
y es el placer un relámpago
que muere casi al nacer.



Tras las más grandes tormenta
viene la apacible calma;



Definición del pescador de caña, según no recuerdo quién: «Es un instrumento que empieza en un anzuelo y concluye en un tosto.»

después de los desengaños
jamás vuelve la esperanza.



Dos cosas hay en el mundo
que siempre al alma emocionan:
un pájaro cuando canta
y una mujer cuando llora.

ALFREDO ULECIA.



Entre los anuncios de un periódico de Filadelfia, se lee el siguiente:

«El martes último fué robado á Mr. B...., habitante en el número..., en Broadway, un reloj que vale 100 dollars.

«Si el que tiene este objeto quiere devolverlo á su propietario, se le darán gratis las señas de un caballero que posee un cronómetro dos veces de más valor que el de Mr. B.... Se guardará la mayor discreción en este negocio.»



El amor de las mujeres
lo comparo á una pajueta,
que arde mucho, dura poco
y no alumbra... ¡pero quema!

HIGIXIO ALVAREZ.



El colmo de la pulcritud: cepillarse los sabañones.



Siguen los abusos por parte de los empleados de Correos. Según nos manifiestan dos suscritores de Valdilecha, pueblo de la provincia de Madrid, el cartero de dicho pueblo les hace pagar cinco céntimos cada vez que reciben el periódico; igual procedimiento emplea, esto es, como si fuera una carta, ese señor cartero con *El Liberal* y *El Molin*, periódicos á los cuales están suscritos, de lo que resulta de ese modo que aparte de estar suscritos tienen que comprar los periódicos al cartero.

También nos manifiesta en carta que a la vista tenemos, don Joaquín Valledor, de Vivero, pueblo de la provincia de Lugo, que no recibe ningún número.

Sr. Los Arcos, ¡por Dios! Si sus empleados necesitan números que los pidan, pero que no los cojan, pues unos los hacen pagar y los otros no llegan; resultando que siempre salimos perjudicados.



DIÁLOGO CASERO.



—Señorita, yo no quiero ver mi honor comprometido.

Ayer tarde en la cocina me dió un abrazo su primo...

—¡Caramba! Y dí, ¿tú qué hiciste?...

—Yo le dije:—¡Señorito, no hay que gastar *chanzas* de esas, porque voy, y de corrido, se lo cuento á mi señora!

—¿Y entonces él, qué te dijo?

—Pues... ¡que á usted también la abraza cuando no está su marido!

E. GUILLAR CLARI.



Desde el día 9 del próximo Octubre empezará á publicarse en Madrid un semanario festivo, titulado *La Pera*.



Correspondencia particular.

Ofelia de Castroardiales.—Sevilla.—Ya le contesté en el cuaderno pasado, bajo el pseudónimo *Humlet*.

Juanito.—Madrid.—Belo, *unmitad, enfermo, bera, crara, atrebimiento, rripios, baten*, (del verbo valer) *sébase*. ¿Eh? ¿Que tal la ortografía de este prójimo?

Diego Dieguez.—Santander.—Queda complacido, pero procu-

re no terminar los versos con las palabras *en*, *y*, etc.; pues aunque se limen mucho, siempre resultan defectuosos.

Caracollitos.—Barcelona.—¡Caracolazos!

Enrique.—Madrid.—

«Pasaba una mañana
por tu plazuela,
y tu madre me llamó
sinvergüenza.»

Pues yo de ella le llamo á usted otra cosa.

A. P. de C.—Madrid.—Eso se lo cantaban á mi abuela para que se durmiese, cuando era pequeñita.

El señor Isidro.—Guadalajara.—¡Uf! ¡Qué mal huele eso!

Fray Tal.—Lerida.—¡Hombre, por Dios, no nos manden ustedes artículos!

J. M.—Madrid.—«Cogió el rábano por las hojas» no es ni será nunca verso octosílabo, aunque usted se empeñe.

X. 25.—Usted tampoco está muy bien de ortografía que digamos. No sirve.

Teodorito.—No puedo acceder á lo que pide.

J. S. R.—Málaga.—

«Cuatro cuartos tengo,
cuatro cuartos nada más,
ya ay para pan y cerolla;
me voy contigo á casar.»

¡Ojalá se case V. pronto y tenga una docena de chiquillos, para que no piense en escribir más versos!

L. M. F.—Hago lo posible en mi deseo de complacerle.

Fabio Cortés.—Desengáñese usted, teniendo dinero no hace maldita la falta vivir en el campo para distraerse; ahora, si falta la *mosca*. Lo otro tampoco es publicable.

Sisto H.—Alguno irá; venga la firma.

El maro Kandor, etc.—¡¡¡Tonto!!!

León Pardo.—No están del todo mal, pero no *encajan*. Otra vez será, *patroquiniano*.

Chico.—Madrid.—¡Indecente!

Un mal principiante.—Madrid.—Muy sosa.

E. G. C.—Valencia.—Sirven varias.

P. R. de M.—*Háme dado en la nariz olor á copia*... ¿Me he equivocado?

H. A.—Sirve uno.

S. F. y V.—Santander.—No son publicables.

A. M.—Madrid.—Le complazca otra vez; ya ve V. si soy amable.

A UNA BELLA

De ti me quedé prendado
al contemplar tu belleza,
y me quedé enamorado
al mirar tu gentileza.
[No hay de qué.]

G. Remías.—Sirven algunos. Mande todo lo que guste, pues tengo interés en complacerle.

Los cuadernos atrasados al precio corriente.

Fa-Fi-Ca.—Barcelona.—¿Pus hombre, güeno! ¿Aónde vamos con eso tan malo?

A. de la R.—Madrid.—Tampoco hoy. Paciencia.

Los de «Cartagena Alegre.»—Cartagena.—Suscribanme ustedes al periódico, paisanos. ¿Cómo se llaman Vds ?... Lo digo, porque es fácil que nos conozcamos.

J. A. V.—Madrid.—Lo siento, pero es defectuoso.

A. C. A.—No son publicables, y yo no tengo ahora tiempo para corregir. ¡Animo y á otra!

P. P. T.—Madrid.—No sirven.

Luz y Fer.—Su *Ritmo* está llena de barbaridades, y perdóne el modo de señalar.

Un chulo aburrido.—Han ido al cesto; ya vé V. si soy obediente.

L. B. y M.—Madrid.—Los asuntos bonitos; la forma delectable.

J. C.—Reservo esa tontería para *El Tonto de Coria*, que se publicará en breve.

E. R. M.—Muy larga, y no le veo la punta.

A. M.—¡Ay! son muchos versos.

Camaleón.—No sirven.

Soledad Churripanchi.—Tampoco.

A. M. B.—Madrid.—Lo mismo digo.

Un americano.—Idem.

P. P. Peleneras.—Exactamente igual.

E. R. M.—Madrid.—Los epigramas son flojitos. La poesía tiene ochenta y cuatro versos, y con esto está dicho todo.

M. L. C.—Madrid.—No puedo aprovechar nada.

A. C.—Su dibujo no sirve.

Panqué-Panquí.—Santander.—Vamos, hombre, no hay que desanimarse. Mande V. sólo cosas cortitas. Arregle V. la forma de el epigrama de la legumbre, y lo publicaré.

L. B. F.—Valencia.—La poesía me gusta, pero no es inédita, y por eso no la publico. Los epigramas son endeble.

Gutito risueño.—¡Lástima de tiempo que ha perdido V. escribiendo eso!

Finique.—No sirve.

A. C. M.—Con franqueza, los versos no son versos, ni la poesía, poesía.

Curriñches.—Madrid.—

«Una mañana de Enero

con poquísimo cariño,

dejaron en un sendero

envuelto en trapos un niño.

Pasó un perro, etc., etc.»

¡Hombre! no sabía yo que había mañanas de Enero con poquísimo cariño, y que los senderos se envolvían en trapos...

J. B.—Madrid.—Irá, pero no respondo de que sea pronto.

